

LA IGLESIA Y LA OPINION PUBLICA

ENNO HOBING

Director del
Latin American Council

Para los escépticos, parecerá harto extraño que yo áfirme que la iglesia y sus feligreses se hallan profundamente interesados en el estudio y en la formación de la opinión pública. Los escépticos quizá se apresuren a acusar a la Iglesia y a los feligreses de querer acudir a los métodos del arte publicitario moderno y de la propaganda masiva con el fin de llevar el mensaje cristiano a los pueblos. Pero los escépticos, como siempre, yerran. La preocupación de la Iglesia y de los fieles en cuanto a la opinión pública no sólo halla aprobación en las Sagradas Escrituras, sino que éstas, de hecho así lo ordenan.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que hay tres etapas principales en el desarrollo de la opinión pública. Cada fase se halla relacionada con una persona de la Santísima Trinidad. Y cada etapa tiene pertinencia con el mundo que hoy vivimos y en cuanto a nuestro papel individual en la vida y el desarrollo de nuestra comunidad, nación y mundo.

La primera etapa de la opinión pública es la autoritaria. Dios entregó a Moisés la Ley y Moisés la transmitió al pueblo. En el Antiguo Testamento, los reyes y monarcas modelaban lo que habría de ser la opinión pública y los escribanos y fariseos anunciaban al pueblo lo que habría de pensar. Necesitamos la Ley de Dios pero los hombres con autoridad tienden a hacerla suya e intentan hacerse de ellos mismos pequeñas encarnaciones de la divinidad. Por ello esta etapa autoritaria de la opinión pública tenía que llegar a su fin.

Hoy en muchas partes del mundo, esta etapa autoritaria de la opinión pública todavía prevalece. Persiste bajo gobiernos totalitarios que intentan dictar lo que sus súbditos tienen que pensar. Persiste en sociedades de corte paternalista, en las cuales los dirigentes políticos e intelectuales dispensan consignas vacías en interminables discursos y aconsejan a las gentes, en forma más o menos obtusa, que es su deber el de sencillamente oír y decir que sí. Pero repito —esta etapa de la opinión pública en el mundo por fuerza ha de cesar.

La segunda etapa de la opinión pública que podemos encontrar en las Escrituras Sagradas proviene de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor Jesucristo no emitió atronadores, autoritarios o dictatoriales pronunciamientos desde arriba. No se encerró con los Doce Discípulos para con ellos desarrollar una serie de proposiciones que el pueblo debería aceptar. Nuestro Señor Jesucristo fue entre los pobres, entre los inválidos, entre los humildes y los ciegos a compartir sus sufrimientos, sus goces, sus temores, sus esperanzas. Y sobre su conocimiento de lo que las gentes verdaderamente pensaban y de lo que decía la Ley que el Padre esperaba que aquellas cumplieran, construyó sus enseñanzas.

Los que se preocupen hoy por la opinión pública no pueden hacer mejor que seguir el ejemplo de Jesús. El que hoy siente inquietud por la opinión pública debe de salir de sus confines intelectuales y materiales e ir a conocer lo que las gentes creen y temen y anhelan. Sólo entonces podrá lograr transmitir a las gentes su interpretación de la Ley de Dios.

La tercera etapa de la opinión pública que encontramos en las Escrituras se halla representada por el Espíritu Santo. "Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos éstos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?"

Para los fieles que hoy se preocupan de la opinión pública, el consejo de las Sagradas Escrituras está claro. Conozcan la Ley de Dios como Dios se las da a conocer. Conozcan a las gentes como son para que puedan explicarles la ley de manera que ellas a su vez hagan suya esa ley. Y si los fieles hacen esto, entonces en todo el mundo veremos un día secular de Pentecostés en el que todos los hombres hablarán la misma lengua.